

Escribir el Caribe que somos

René Depestre

¿CUÁL ES LA HERENCIA ORIGINAL EN LA QUE EL ESCRITOR del Caribe se apoya para ejercer las funciones de la escritura? ¿Cuál sería su respuesta a la pregunta sobre el artificio y la ilusión en la vida en sociedad? ¿Cuáles son los factores históricos que mejor identificarían su búsqueda de sentido en un mundo enmascarado que su capacidad poética y de fabulación le incitan de desvelar?

Ante todo, hay que devolver a la historia de las Indias Occidentales (con sus mitos y sus realidades *sui géneris*) lo que le pertenece por derecho propio: un ecosistema de civilización y cultura donde, desde 1492, —en lo que se refiere a los aspectos social, religioso, musical, plástico, literario— lo barroco, lo picaresco, lo épico, lo onírico, lo mágico, lo erótico, lo carnavalesco, profusamente condicionados por una dinámica de criollización, no han cesado de interpenetrarse, mezclarse violentamente entre sí, oponerse o interfecundarse con una loca exhuberancia.

Las sociedades caribeñas se comunican a través de un resplandeciente multilingüismo: tres o cuatro variedades de *creole*, varias lenguas europeas —francés, inglés, español, holandés— a las que hay que añadir el papiamento y diversos localismos como el jamaicano de las colinas y el dialecto *bajan* de Barbados. Nuestras letras son la negación estética (poética, narrativa, teatral) de la *realpolitik* que el esclavismo y la colonización hicieron fermentar con ardor en la vida del Caribe y de otros países americanos. Nuestros poemas, nuestras ficciones, nuestros espectáculos, toman sus circunstancias trágicas de un imaginario formidablemente compuesto que se ha constituido mediante ósmosis aluviales con una naturaleza, unas costumbres, mentalidades, tragedias, crisis de identidad, conflictos de «raza» y de religión, surgidos, al borde del mar Caribe, del mismo régimen de las plantaciones americanas.

En el universo cerrado de la plantación, el orden esclavista censó y clasificó en razas antagónicas diferentes modelos históricos de la condición humana, que se integraron a toque de tambor en un mito etnocentrista considerado de derecho divino. Ese cuento racial de nunca acabar, sin embargo, añadió una complejidad jamás conocida hasta entonces a la farsa del amo y el esclavo, del indígena y el colono, de Próspero y Calibán. Se había establecido una relación de causa-efecto entre el color de la epidermis y el *status* social de los seres vivos. Los rasgos físicos de las etnias europeas, amerindias, africanas se convirtieron, desde el momento en que las civilizaciones entraron en contacto, en marcadores sociales que permitirían identificar por el color de la piel las relaciones de dominio y dependencia entre los grupos presentes en el escenario de las colonias. La necesidad, ridículamente enmascarada de blanco, creó de repente una nueva antropología alrededor de los espejismos y las trampas de una ideología basada ya en la degradación, ya en la revalorización de los miembros de la misma especie.

La epidermización de los antagonismos religiosos, económicos, psicológicos, culturales, políticos, sexuales, trajo consigo el envilecimiento de los colonizados —llamados genéricamente *indios*, *morenos*, *negros*, *pieles rojas* y otras *gentes de color*— y condujo a la elevación ontológica de los colonos al rango de *blancos*. Los aborígenes del archipiélago —isleños de distintos orígenes (arawaks, taínos, siboneyes, caribes)— se quedaron estupefactos cuando un día escucharon que se les llamaba a todos, sin establecer ninguna diferencia, ¡indios de América!

Un escándalo semántico (semiótico) del mismo calibre dejó sin respiración a los sudaneses y a los bantús del África subsahariana: también a sus espaldas, su múltiple idiosincrasia se había quedado reducida al único atuendo existencial de *negros*. Otros tipos de hombres y mujeres, que tenían su especificidad étnica de franceses, españoles, ingleses, portugueses, neerlandeses, daneses, fueron elevados al rango de *blancos* para servir de faro genérico (religioso y cultural) al conjunto de la creación...

A la ocultación maléfica de los cuerpos y de las identidades le acompañó la geográfica. Colón, a falta del fabuloso Oriente de sus sueños de marino, bautizó, a pesar de todo, con el nombre de Indias Occidentales a la encrucijada insular en forma de arco semicircular que conquistó en nombre de los Reyes Católicos. Todo sucedió como si para el cumplimiento de sus designios imperiales «al otro lado de la marocéana», el occidente cristiano hubiera experimentado la necesidad de ponerle máscaras de carnaval tanto a los lugares geográficos como a las realidades antropológicas y culturales que su espíritu aventurero de invención y conquista aspiraba a colonizar.

El Caribe, escenario del primer encuentro entre pueblos y culturas de tres continentes, que hasta entonces ninguna aventura histórica había jamás asociado; el Caribe, humanamente, étnicamente multiforme, reconvertido en la imaginación del Almirante español, entró escandalosamente en la historia con disfraces raciales bien definidos. Crueles enredos políticos iban a enfrentar violentamente a estos presuntos hombres blancos, indios, negros, amarillos con otros «personajes» que aparecieron en la misma época en el escenario

americano: minas de oro y plata, azúcar, tabaco, café, ron, índigo, especias, destinadas a reinar sobre la mano de obra de color, y sobre mercados que su servil trabajo estaba llamado a alimentar. Y a los productos exóticos hay que añadir, como protagonistas de la historia caribeña, los fenómenos naturales de esta tierra: ciclones, rasdemares, seísmos, volcanes, si queremos comprender la vida abigarrada de estas islas de todos los vientos, así como la profusión de sus modos de ser y la complejidad identitaria que aparece entre líneas en el centro de sus literaturas.

En este nuevo mundo, la Europa renacentista aprendió a dibujar, más exactamente que antes, los contornos del planeta. Por vez primera, la diversidad étnica de sus habitantes —sus paisajes, su vegetación, su fauna, sus horizontes cósmicos—, se le había revelado abundantemente. Éste fue el punto de partida de un dominio del espacio marítimo y terrestre radicalmente renovado. Las teorías de navegación y la cartografía dieron un gran salto de avance. La evaluación de las distancias, de las corrientes, de los vientos, los relieves topográficos, alcanzaron una precisión y una fineza de cálculo hasta entonces desconocida. Las innovaciones tecnológicas prepararon las condiciones de una revolución comercial e industrial que no iba a tardar mucho en manifestarse: máquinas de vapor, técnicas de evaporación en el vacío, y de perfeccionamiento de los molinos. La producción de las mercancías tropicales recibió un impulso sin precedentes. El régimen de plantaciones del archipiélago funcionó audazmente como el pulmón gigante del comercio mundial. El apogeo del Caribe puede que haya sido una de las causas mayores del progreso del Siglo de la Luces y de la Enciclopedia, uno de los elementos esenciales del desarrollo del derecho y de la urbanidad en los espíritus y en las instituciones de la modernidad democrática.

¿Se podrán integrar algún día nuestros modelos criollos de hominidad con los modos de pensar y las costumbres de la Cristiandad? Los conglomerados de negros y mulatos de las plantaciones del hemisferio occidental ¿serán asimilables o permanecerán para siempre indiferentes a la democracia? Elevados más tarde al rango de un Caribe responsable de los derechos humanos y ciudadanos, ¿estarán en condiciones de convertirse, de pleno derecho, en «anglosajones» y «latinos» educados como buenos protestantes y buenos católicos de ultramar?

Cuando los nativos comprendieron que los dioses yorubas, fanti-ashanti, fons, congos, del África Negra, al igual que sus primos amerindios, estaban obligados a desaparecer ante el absolutismo y el etnocentrismo de Cristo y sus misiones, se aferraron ferozmente a la memoria de su fe animista. Agrupados en torno a la insurrección de los loas, santos, orishas¹ de origen sudanés y bantú, los ofendidos hombres y mujeres de las plantaciones hicieron caso omiso de la intimidación de los Evangelios de Occidente, y se hicieron permeables al oxígeno y al aliento de sus vencidos ancestros.

¹ Loas, santos, orishas: dioses o seres sobrenaturales del vudú haitiano, la santería cubana, el culto *Shango* de Trinidad, el *Candomblé* de Brasil.

Señoras y señores, a nosotros nos pertenecen las peleas de gallos, la sensual *rara*² de la Semana Santa, el café negro y el lastre de las bromas de las veladas mortuorias, la alegre embriaguez de los lucanos en la playa, las *accras* y los pastelitos de bacalao con guindilla, el viril y delicioso plátano del bananero, las fiestas católicas que nuestra alegría de vivir consigue combinar con la santería y con el vudú liberadores de la vida.

El cimarronazgo proclama en mis venas que el tiempo de los escupitajos y de los grilletes en los pies, que el tiempo del «absoluto ultraje», no cambia el orden natural de los acontecimientos de la historia. Nos pertenecen los momentos bellos y completos en el carnaval y en los bosques, para apoderarnos de las identidades negras capaces de conjurar los resignados comportamientos del *Tío-Tomismo*, los llantos de rodillas, el bendito-sea-sí criollo que, dando la espalda a las intrépidas revueltas del espíritu, se conforman criollamente con rastreras conductas de imitación y servilismo.

Nos pertenecen las negritudes y los criollismos que se tienen sobre sus pies con aplomo. El vivir surreal cabalga en el pura-sangre de nuestras raíces. Lo real-maravilloso caribeño nos aleja de las barbaries imaginarias y de las trampas para zombis. La libre experiencia de los cimarrones termina por crear el horizonte de una nueva escala de valores en la música, el baile, la cocina, las artes y las letras. La sal marina del lenguaje pone por las nubes nuestras huellas digitales. Bajo sus variadas máscaras, el Caribe se abandona al oleaje de nuestros sueños: guaracha, conga, merengue, calipso, mambo, chachachá, jazz (poemas y prosas de nuestro ascenso hacia la luz), todo esto en las colinas, esto soy yo, esto somos nosotros, *bossa nova*, salsa, *reggae*, *rap*, todo a orillas del mar, hasta perderse de vista en el océano, lo compartimos con Francia y con Europa. ¡En aras de que prevalezcan el derecho y la ternura en el mundo, compartimos con todos el Caribe poético y musical que somos!

De espaldas a las quimeras del siglo, nuestra ficción alimenta la múltiple identidad de gentes en equilibrio inestable sobre los imaginarios de numerosas lenguas y de treinta y seis pecados capitales. El Caribe administra su medicina a la piel de zapa de las ideologías mientras que su «palabra nocturna» abraza la confluencia mundial de las literaturas. En la obra de los escritores caribeños (después de haber seguido el trabajo de unos cuarenta de ellos)³, la desmesura carnavalesca del oficio de mezclar alegrías con dolor fomenta una

² Rara: carnaval rural que, en Haití, acompaña a los ritos de la Semana Santa con gran alarde de sensualidad.

³ A finales de siglo, la literatura caribeña tiene un importante número de escritores que engrandecen el panorama mundial de las letras: J. S. Alexis, Reinaldo Arenas, E. K. Bratwhaite, Guillermo Cabrera Infante, Alejo Carpentier, G. Castera, Aimée Césaire, P. Chamoiseau, J. C. Charles, Marie Chauvet, Maryse Condé, R. Confiant, L. P. Dalember, L. Damas, Édwige Danticat, Davertige, Lilas Desquiron, Jesús Díaz, J. C. Fignolé, Frankétienne, Edouard Glissant, Nicolás Guillén, Enrique Labrador Ruiz, D. Laferrière, José Lezama Lima, Eduardo Manet, C. McKay, D. Maximim, J. Métellus, V. S. Naipaul, E. Ollivier, X. Orville, H. Padilla, L. Palés Matos, E. Pépin, A. Phelps, Gisèle Pineau, J. Roumain, C. M. St-Aude, Simone Schwarz-Bart, Zoé Valdés, D. Walcott, y otros veinte autores válidos, sin olvidar al caribeño de *tierra firme* de la ficción fabulosa, el colombiano G. García Márquez.

ampliación de la escala de percepción de lo real: una especie de «iluminación inusual» alumbra nuestros problemas de la máscara y la verdad, del ser y el parecer, de manera singular en un momento en el que la larga marcha de la humanidad ha emprendido la globalización.

HEGEL EN EL CARIBE

Papá Hegel es savia soberana
en el olmo de la filosofía:
sus palabras de filósofo alemán
siguen viajando triunfantes
alrededor de los seres, de los pájaros
y de las cosas bellas de la vida,
pero su faro permanece ciego
al naufragio de los Negros
a orillas del mar Caribe

¿Será por esto que el mar
es un poeta trágico?

Papá Hegel conoció de memoria,
como su pupitre, la dialéctica
del ser y el parecer en la sociedad
de plantación: amo y esclavo
colono/indígena
santo cristiano/*loa* vudú
francés/criollo
blanco/negro/mulato
Sin embargo, sus palabras se vuelven sombras al tocar
los problemas de la máscara y la verdad.

¿Será por esto que mi vida
no es una escalera de cristal?

Papá Hegel tiene fuertes manos proféticas
de carpintero para sacar a la luz
leyes y secretos de la Gran Historia
de la humanidad, pero no tiene ojos de hermano
para las venas que corren, enloquecidas
desoladas, en el bosque del desgraciado negro.

¿Será por eso, porque soy negro
que como y bailo en la cocina
cuando hay noches de fiesta en Occidente?